

Poemas

Zulai Marcela Fuentes

EQUINOCCIO

ÉSTA ES LA LUNA de Virgo,
diamante que anida entre las ramas
aturdidas por el viento.

Es viento de marzo.
Ayer, augurio de primicias.
Hoy se afanan el león y el basilisco
en engullir el cielo de Bagdad;

en inflamar hogueras
donde hubo cirios y votos encendidos.

Una plegaria se disuelve con el miedo.
La flama se extingue y el cirio agoniza.

Comienza el éxodo,
perpetua trashumancia en esta tierra,
ungida por siglos con óleos funerarios:

ni la gloria perversa de Nínive,
ni la degradación de Babilonia
-en el decir condenatorio del escriba-
sellaron las ansias de trifulca y hecatombe.

Los demonios perpetuaron su dominio,
y la Historia nada nos enseña.

Aquí,
los ojos no levantan su vista al horizonte,
no es posible mirar la lejanía y dejarse acariciar
por el sol cercano del Oriente
sin sentir la ira nauseabunda de Nergal
ni el aliento fétido del monstruo envilecido.

En el valle fértil de Marduk,
sol de primavera sobre el Jardín del Edén,
la luna de Tauro enrojece,
y los ríos de Ea-Enki, profanados,
derraman su conciencia milenaria
en la férrea indignación del universo.

RUMBO A LA MONTAÑA

El océano busca la isla, el cielo necesita la montaña.
Sitakant Mahapatra, *La muerte de Krishna*

Detrás de una noche de siglos aparece la montaña.
Los induce al asalto cauteloso
con el soplo agudo que los quema.

Camino al infinito
no bastan los años de una vida
ni de otra,
ni todas las inspiraciones
y soles en el rostro,
mientras gélidas manos se desprendan
del cuerpo y su cansancio.

Tal vez la maravilla:
las Montañas de la Luna
o el Techo del Mundo,
donde el cielo lo taladran las cumbres
a cambio de una avalancha
de nubes desechas.

Arriba,
la cumbre parece que se aleja.

Pero van a la montaña,
libres de la carga milenaria de cetáceos
convertidos en voraces pájaros sin alas
que se prenden con picos y garras de acero
de los muros del glaciar,
al encuentro de una luz más pura,
hasta ver la transparencia,
penetrar en el silencio,
herir la soledad,
donde el aire tenue los espera.

PARAÍDOS PERDIDOS

al ángel Lashaariky

1

Se nos van las alas al cielo,
se nos van.

Mares perdidos,
náufragos en tierra,
nos dejan el cuerpo:
blanco de equívocos ardientes.

Se nos van las alas,
se nos fueron.

2

Ser barril sin fondo significa
vivir entre el colmo y el vacío.

No importan si es de gota en gota
o en forma de torrente:

El agua huye, y el barril
–aparentemente pleno–
ignora su carencia.

3

Hay un exorcista
de manos prodigiosas:

desaloja los demonios incubados,
les da cuerpo y esencia.

Después los abandona
a su muy libre albedrío.

Entonces los ícubos crepitan
en medio de la llama
que sus manos prodigiosas
encendieron.

4

La náusea puede ser dulce
si asciende la marea
rumbo al plexo del sol.

Se trata del deseo
que chupa y regurgita
cuando rompen las olas
contra el dique
del remordimiento.

5

El pulso estremece los frutos de la higuera.

La epidermis estalla en tumulto
de poros hambrientos.

Piel contra piel:
se adhieren ansias
entre sábanas grises y viejas,
mudos testigos que encubren
el batir intenso de velas hinchidas
y mar encarcelado
dentro de los muelles de unos cuerpos. •

ZULAI MARCELA FUENTES es poeta, editora y traductora. Estudió antropología en la Universidad de las Américas y letras hispánicas en la UNAM. Su libro más reciente es *Penumbra* (Mixcóatl, 2003).